

# BRAHMÁN:

Un joven llamado Svetaketu le preguntó una vez a su padre cómo podía la gente decir que Dios está en todas partes cuando en realidad nadie le ve.

Su padre, un sabio anciano, se levantó de su lado y al poco regresó con un cuenco lleno de agua y una bolsita con algo en su interior. Depositó el cuenco en el suelo, volvió a sentarse a su lado y abriéndole la bolsita le dijo: -Mete tu mano en la bolsa, hijo mío, coge unas piedras de sal y échala al agua del cuenco. Y ven mañana de nuevo.

Svetaketu hizo lo que su padre pidió, echó la sal al agua y marchó a jugar.

A la mañana siguiente, su padre le hizo llamar. Pidió que se volviese a sentar donde el día anterior y le dijo: -Hijo mío, sácame la sal del agua.

El joven miró dentro del agua, pero por más que se fijaba no encontraba nada, ya que esta se había disuelto. Por eso le dijo: -Ya no está.

Entonces el padre le pidió que la probase y le dijera cómo estaba el agua, a lo que el hijo le dijo tras catarla: -¡Está salada!

-¡Bien!- le dijo el padre -, pruébala ahora por el otro lado.

El hijo, obediente lo hizo, y dijo: -Sigue salada.

-Si está salada, -le respondió el padre- es que sigue teniendo la sal dentro. ¿Dónde está?, ¿por qué no me la has dado?

-Es que no puedo verla ni cogerla... -Dijo Svetaketu con la voz más baja-

A lo que sentenció el padre: -Pues igual que te pasa con la sal, ocurre con el Espíritu. Que no puedas verlo no impide para que esté en todas partes.

